

Nuestro buen soldado, se arrojó entre ellos y cantando y gritando subieron en tropel á los dormitorios.

El oficial que le había estado mirando desde la ventana, dijo para sí:—Este muchacho será un buen soldado.

Y como ya había oscurecido, y el cielo aparecía lleno de estrellas, se sentía en el patio aquel alegre rumor, y en la calle tocaba la corneta la retreta; todo esto le produjo una emoción tan repentina que casi sin apercibirse él mismo, sin saber por qué, levantó los ojos, exclamando suavemente:—¡Perrier!

Y luego segunda vez: ¡Oh, buen Perrier!
¿Dónde estás? ¿Oyes tu nombre?

¡Cuándo se mira de noche un cielo hermoso, vienen espontáneamente á los labios los nombres más venerados y queridos!



UNA MARCHA NOCTURNA.

QUÉ noche! Ni luna, ni estrellas, una oscuridad infernal; jamás se habían visto tan densas tinieblas. Aun cuando estábamos en los primeros días de Octubre se dejaba sentir un cierzo de otoño anticipado, que golpeando en la cara sordo y sutil, se escurría por entre la ropa y hacía contraer las carnes. Serían próximamente las nueve; el regimiento había deshecho las tiendas y estaba á pié firme en fila al través del campamento, con las armas al pié, esperando no más la orden de partir.

Los soldados, apenas despiertos después de corto y desasosegado sueño, encorvados, yertos y encogidos, con aire descontento y agrio, con las manos en los bolsillos y los fusiles aban-

donados sobre el brazo; en lugar del cuchicheo acostumbrado, tan vivaracho y tan alegre, no se dejaba oír más que algunas raras palabras, bajas y dichas de mala gana. Tan negra era la oscuridad mirando al campo desde el camino, que no se veía sino la larga fila de lucecitas puestas en la punta de los fusiles, cada una de las cuales no bastaba á iluminar más que cuatro ó cinco caras llenas de sueño. Allá abajo, en un ángulo del campamento, más allá del ala extrema del regimiento, se veía moverse en un pequeño espacio muchas lucecitas, que iluminaban débilmente el continuo afanarse de personas que alrededor de los carros y de las cajas del bagajero se movían. Aquí y allá en el campamento, alumbraba todavía alguna llamarada, últimos restos de las fogatas que los soldados habían encendido con la paja de las tiendas para quitar de encima la humedad que habían cogido durmiendo en el suelo. Todo lo demás, completamente oscuro.

De repente resuena gran rumor de tambores: luego silencio. Las compañías se vuelven una despues de otra de flanco, se mueven las primeras filas y el regimiento comienza la marcha. Pasa por encima de un puentecillo estrecho, el foso que separa el camino del campamento, y en aquel punto las filas se echan encima las unas de las otras, viéndose una multitud de lucecillas que avanzan ó retroceden segun las ondulaciones de

la multitud, parten luego dos á dos y se extienden por ambos lados del camino en doble fila y poco á poco, desde lejos, se confunden todas formando una cinta luminosa ondulanté y serpeando como dos cuerdas de fuego que se agitaran desde la cola de la columna.

Y así se camina; oyéndose por poco tiempo una charla en voz baja que poco á poco se apaga hasta morir, luego silencio profundo interrumpido no más por la ronca voz de algun oficial que gruñe:—En orden,—siempre que, con la mirada soñolienta descubre entre los soldados inmediatos á la linterna, algun número que se separa ó que se aprieta contra sus compañeros. Todos los demás callan. No se oye más ruido que el ruido especial de las pisadas y el monótono sonsonete de las cajas de lata, que van marcando la cadencia del paso.

Al difundirse el silencio comienza á difundirse el sueño, el tormentoso y terrible compañero de las marchas nocturnas. Pobre del que lo atrapa. No basta el descanso anterior, ni la conversacion del amigo, ni el licor fuerte, ni el mayor esfuerzo de voluntad para vencerlo; hay que ceder y sufrirlo.—Mirad aquel oficial que va por medio del camino, lucha hace más de una hora con el sueño, los párpados ahora ya se le cierran irresistiblemente, trémulos, pesados; y las rodillas se le doblan; la cabeza levantada con mil esfuerzos se

le dobla también pesada sobre el pecho; y los brazos le cuelgan inertes y sin vida. Poco á poco se le apaga la inteligencia, se le enturbian las imágenes, se le borran, trasformándose caprichosamente unas en otras. En su mirada, velada por el sueño, se confunden los soldados que caminan delante y á los flancos, los árboles y las casas de uno y otro lado del camino, cuyos contornos apenas se distinguen, se le presentan con aspectos deformes, maravillosos y extraños. A veces sigue con la vista las paredes de una casa que pasó hace rato, ó le parece distinguir un caserío ó un mazo de árboles donde no existe. Otra vez se le presenta de improviso, precisamente en medio del camino, allí delante, un gran obstáculo, una gran masa negra, sin saber lo que será, pero que está allí, precisamente delante y contra la cual va á darse un testarazo: se detiene, alarga el brazo, lo agita... y nada, no había tal cosa; adelante. Treinta, cincuenta, cien pasos, y vuelta á dormir. Y esta vez sueña, le parece que camina solo, sin dirección, creyendo que se halla en otro sitio, lejos de allí, quizá en su casa, en medio de otras gentes, de día... y de repente, hiriéndole el tímpano el ruido de las pisadas, advierte de improviso el sonsonete de las cantimploras: se despierta, mira en derredor, se da cuenta de todo, bosteza, coge de nuevo el paso, y; —poco después— vuelta á empezar. La

barba como clavada en el pecho, una mano en el bolsillo, la otra sobre el puño de la espada, avanza, abandonado á su propio peso, con desiguales pasos, á saltos, tambaleándose, haciendo eses, dando tres pasos aquí, cuatro allá, cinco, seis, pun, un gran empujon en la mochila de un soldado. Se sobrecoge, se despierta, ve lo que pasa, y se avergüenza moviendo la cabeza en ademán de compadecerse á sí mismo y vuelve á tomar el paso firme y expedito para volver á empezar á los cien pasos. Da un gran empujon al que camina delante, se despierta, mira: —¡Oh! perdóname V., mi capitán.

—No hay de qué, son cosas que á todos suceden.

Se acerca un compañero, y al poco tiempo de caminar el uno al lado del otro, se oye:

—¿Estás aquí?

Respuesta: un gruñido.

—¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Dame tu brazo.

Y os cogéis del brazo.

Espalda contra espalda, y flanco contra flanco, se camina como Dios quiere, á zancadas, y trompicando, ocho, diez, veinte pasos, le coge á uno el sueño, y las cabezas pesadas se doblan ambas á dos y se golpean una contra otra. —¡Ay! —Os separais.

Por todas partes, quieto todo el mundo, y siempre la negra oscuridad, siempre las dos filas de lucecitas ondulando á los lados del camino, y siempre el sonsonete monótono de las cantimploras.

De pronto se oye de en medio de las filas una voz rabiosa:—¡Arriba aquella luz! Y el soldado que lleva la linterna y que, dormido había abandonado el brazo, dejando caer el fusil sobre la cabeza del que venía detrás, se despierta, rehace su brazo y levanta la luz.

Pocos pasos más allá, se levanta una estridente voz que intenta cantar. Un infierno de gritos de protesta y de desaprobacion se levanta de las filas.—Guárdala para mejor ocasion.—Duerme en paz. Y el mal inspirado cantor vuelve á su garganta el resto de la cancion y se calla.

Veinte pasos más allá, se oye un grito agudo seguido de rabiosas maldiciones.—¿Qué pasa?—¿Qué pasa? Es un soldado que dormido se ha dado un violento golpe contra un paracarros.—Y todos los demás que dicen:—¡Mira por donde vas!—¿Qué ha de suceder, si camina con los ojos cerrados. Tú te lo quieres.

Despues de otro rato estalla una gran risotada á la cola de la compañía, y un ¡uh! prolongado en tono de burla.—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido? ¿Quién es? Es un pobre diablo que iba por la orilla del camino soñoliento y dando traspiés,

y acabó por rodar hasta lo hondo del foso.—¿Es profundo?—¿Y quién puede verlo? Veamos.—Animo, ánimo (un oficial) ¿qué haceis ahí? Adelante, se levanta por sí. Y tú, ¿quieres tener alta esa luz?

Siempre el silencio, y siempre adelante y siempre la misma oscuridad, y el helado cierzo, nordeste, igual, que hiere mortalmente la cara y que da tales escalofríos que parece de invierno.

—¡Oh qué sueño! ¿Qué hora será ya? Las diez, quizá más tarde. ¡Qué noche! No se ve nada. ¿Eh? dí, amigo, ¿cuánto tiempo llevamos de camino?... Di, hombre; ¿cuánto tiempo? Duerme, no oye; se rompe el cuello por momentos... También yo tengo sueño. ¡Ah! ¡y no poder dormir! Y ya hace tiempo que se marcha. Que aburrimiento no ver nada. Si se pudiera dormir en pié... ¡Voy á probar! ¡Qué sueño, Dios mío, qué sueño!... la noche está oscura... negra... y el viento... dormir...

Un momento más y rodará al foso. Suena la trompeta.—Alto.—De buena se ha escapado. Todos al suelo como cuerpos muertos; se echa uno donde le pilla, sobre las piedras, entre los espinos, en el fondo, lo mismo es, todo es cómodo, todo limpio y blando, todo está delicioso. Allí, sobre un monton de piedras, á un lado del camino, se echa toda una escuadra, el uno sobre el otro, éste atravesado sobre aquél; el cañon del

fusil debajo de aquél, la bota de un compañero sobre la cabeza, un pié del cabo de escuadra contra la cara de este número; la mochila de otro compañero contra el costado; la mano entre la hierba, tal vez, metida en algo húmedo y blando... ¿pero qué importa? La voluntad del sueño es tan agradable, tan dulce, tan poderosa, que no se puede reparar más que en gozarla por entero y abandonarse á ella en cuerpo y alma. ¡Oh, qué dulzura cuando uno puede apagar una necesidad que nos atormenta por largo tiempo! Por todos los miembros se insinúa y se esparce un lánguido placer, un suave desfallecimiento... ¡oh, qué delicia! durmamos.

Si un rayo de luna fuese á iluminar aquel punto del camino, ¡qué cuadro tan raro se ofrecería á la vista! Parecería un monton de cadáveres arrojados allí de cualquier modo: estos cara arriba, otros boca abajo; aquellos estirados y estos encogidos, y por aquí y acullá brazos, piernas y piés y fusiles que asoman sus puntas por entre las piernas y los brazos de otros; una mezcolanza tal que para asignar á cada cual sus miembros se vería uno en grande apuro. En el primer momento, en aquel monton de cuerpos se nota un poco de movimiento y desasosiego, cada quisque busca, arrellanándose, la posicion más cómoda; de aquí cuestiones como ésta:—Hazte más allá...—Por vida de...—Fuera aquel pié.—Esta pierna échala más allá,

¿no estás viendo que me la pones en la cara?— Todo ello es asunto de un momento, y luégo todo el mundo chiton. Sueño completo y profundo se apodera de todos. Primero se oye, una respiracion fuerte y frecuente; luégo como un suspiro débil é interrumpido; más tarde un gemido sordo y ronco, y por fin un roncar general en todos los tonos, bajos, barítonos y tiples, consonantes y disonantes, estridentes y sonoros: una música infernal.

Toque de trompeta; es el *atencion*.

De todo el tropel nadie lo oye, ninguno se mueve; todos quietos, inmóviles como cuerpos muertos. Otro toque, y nada; inmóviles como al principio.—¡Yo os haré levantar ahora! Truena sobre los que duermen una voz amenazadora. A esta voz, una pierna que se estira, un brazo que se extiende, más allá se ve moverse una cabeza, aquí cerca se retuerce la cintura de este, lo mismo que se nota en un grupo de culebras que comienzan á desenvolverse á los primeros rayos salientes del sol.—Vamos á ver, nos levantamos si ó no—repite la voz con más ira. Uno de los que duermen se sienta, otro se restrega los ojos con el revés de la mano, otro palpa alrededor buscando su ros, un cuarto se ha puesto al fin en pié y un quinto y un sexto... Todos derechos; ¡Acabáramos! Pero, qué pena, Dios mío, ¡qué tormento despertarle á uno tan bruscamente y

tenerse que levantar precisamente cuando se empieza á tomar el gusto al sueño! ¿Dónde está mi ros?—¿Y mi fusil?—Dí tú, mi morral, dí.—Este es el mío.—Quiá, no, el tuyo es este otro.—¿De quién es este fusil?—Mío, traele acá.—Ahora vé á buscar la cartuchera.

Y busca que te busca, mete que te mete la mano por aquí y allá, entre las piedras del camino, en el foso, entre las hierbas, entre el césped, ansioso, pegando bufidos y maldiciendo... Suena la trompeta otra vez y todo el regimiento vuelve á ponerse en camino.

Y siempre la oscuridad y el mismo cierzo frio que hiela la sangre y encrespa la piel. Dios, ¡qué frio estando quietos! tiembla uno. Las linternas están todas apagadas; oscuridad completa.—¡Quién sabe como irán estos bribones! Gracias á que no se ve como van.

Despues de más de media hora de caminar silenciosos, alguno que otro comienza á descubrir allá, á lo léjos, una lucecita temblorosa, que tan pronto se eclipsa como reaparece de nuevo, como si fuera una luciérnaga.—¿Qué será?—Adelante; —todavía un poco más aún. La lucecita ya no se eclipsa... aparece más grande y con más brillo.—¿La ves?—¡Si es la linterna que va á la cabeza del regimiento!—No, no; si es un pueblo.—¿Qué pueblo! Adelante, adelante y adelante...—¿Eh?...—Tienes razon, es un pueblo.—La voz se propaga;

los soñolientos se sacuden; se despiertan los dormidos; y se produce ligero murmullo...—¡Oh, bendito sea el cielo! hé ahí las casas, aquí el camino del pueblo, ya estamos dentro.

Es una hora muy avanzada; las calles casi desiertas; el pisar del regimiento repercute distintamente en aquella soledad, y el murmullo se extiende á derecha é izquierda por las tortuosas y oscuras calles, casuchas por aquí, y casuchas por allá, y todo cerrado á piedra y lodo como si fuera un pueblo abandonado. Pero á medida que se avanza, á derecha é izquierda del camino, en el piso bajo, se entreabre alguna puertecilla que deja ver las llamaradas del hogar, asómase sacando tímidamente la cabeza alguna mujercilla casi medio desnuda, se ven los chiquillos que acuden presurosos delante de la puerta; y por los pisos superiores ábrese algun cuarteron, que deja ver la luz de dentro, y una figura negra que se dibuja detrás de los cristales y que mira hácia abajo qué produce aquel extraño ruido... ¡Ah, aquella figura negra, quizá se haya echado fuera de la cama en aquel instante, en que dormía y dentro de otro volverá á dormir sabrosamente su sueño tranquilo y suave! ¡Oh, aquella cama! Parece que la está uno viendo, aquel embozo hecho y extendido por encima de la almohada, meter la mano y sentir la fragante frescura de la ropa que acaba de salir de manos de

la lavandera. ¡Qué afortunado el que duerme allí dentro! ¡Cuándo querrá Dios que yo tenga mi cama! Felices todos los que tienen un lecho.

El camino primero torcido y angosto, poco á poco se hace derecho y se ensancha,—se ensancha, hasta desembocar en una plaza.—Ya estamos. ¡Qué plaza tan hermosa! Dos filas á derecha y dos á izquierda, y todos mirando alrededor. Aquí y allá grupos de curiosos, alguna tienda abierta, allí una iglesia, más allá la casa del alcalde, una fuente, unos portales, y debajo... ¡Oh! mira, mira, ¡un café!

Extraña, y sin embargo, verdadera emocion. Atravesad de noche, despues de larga y penosa marcha un pueblo; pasad cansados, sedientos, cubiertos de polvo y de fango, desacostumbrados de mucho tiempo á todo hábito culto y á todos los placeres de la vida urbana, pasad delante de un café, y sentireis conmoverse el corazon con cierta ternura, con cierto desconuelo melancólico, casi hasta con triste piedad por vosotros mismos, y vuestros ojos lanzarán una mirada á aquel café, llena de avidez, de envidia, como hacen los niños; y guardareis por mucho tiempo en vuestra mente aquella imágen del lugar, de los objetos y de las personas.

Aquel era un café grande, iluminado, con relucientes espejos, lleno de oficiales de estado mayor y de ayudantes de campo, cubiertos de oro,

de plata, de cordones, de penachos, de medallas y de cruces; unos dentro, los otros en el umbral y los demás fuera, en la plaza, produciendo todos un continuo meneo de brazos y de piernas y un ruidoso arrastrar de espadas. Todo lo envolvía oscura y densa nube de humo, se veía y se oía el continuo destapar de botellas de cerveza, un ir y venir de mozos rojos, sudando, confusos por la frecuencia é insólita esplendidez de los concurrentes; un entrar y salir de la plaza adentro, y de dentro á la plaza, llamándose, apretándose los unos contra los otros que ni siquiera sabían donde tenían la cabeza; y delante de la puerta una multitud del pueblo con los ojos y la boca abierta, contemplando los galones más anchos y los pechos más cubiertos de medallas. En lo más hondo del café, en un ángulo, detrás de una mesa, rodeada de los oficiales más jóvenes, sobre una silla elevada en una especie de nicho, de templete, una bonita cara de muchacha, en la cual combatían amablemente el pudor y la coquetería, entre tantos requiebros no acostumbrados, y tantas finuras á modo de señoritos, y tantas protestas entrañables y tantas súplicas audaces y tanto retorcerse y moldearse las cinturas sutiles y las piernas metidas en pantalones ajustados.

Todos los ojos se fijan en aquel punto, en aquella gentil figura, en aquella cara bonita, y allí se están apretados hasta que al fin desaparece. Ni

son pensamientos, ni imágenes, ni deseos voluptuosos los que se despiertan en aquel momento; no, más bien se apodera del corazón un deseo de paz y de cariño, una vaga melancolía, que hace sentirnos solos, abandonados y sin ánimos. La mujer reclama vivamente en nuestra memoria, las dulzuras tranquilas y suaves de la vida doméstica, la cual comparada con la dura del soldado, precisamente en tal punto, en los momentos en que no se experimenta de ella más que las amarguras y desazones, no los consuelos y las puras alegrías, nos hace parecer infelices. La cara de una mujer, aviva en nuestra mente la imagen de nuestra madre y de nuestra hermana y de alguna otra criatura más ardientemente querida, y cuando esa imagen huye de nuestra vista, inclinamos la cabeza, pensando hasta llegar á ponernos tristes; y aquellas tinieblas, ¡ah! sí, pesan sobre el pecho y nos quitan la respiración; miramos y volvemos á mirar por si el cielo comienza á clarear, y en este vagar melancólico de la fantasía, parece que así nos dormiríamos de buena gana para siempre, viendo que todavía una vez aparecen nuestra madre y el sol...

Ya está el regimiento fuera del pueblo. Siempre la misma oscuridad y el mismo cierzo. No hay que preguntar por luces, desde hace tiempo están todas apagadas. ¿Y qué hacer? ¿Debemos seguir con esta oscuridad y este frío con el regi-

miento paso á paso, asistiendo á una repetición continua de las escenas hasta aquí vistas?

A quien le acomode, que lo siga; yo, dejo que prosiga su camino, le deseo buen tiempo, que coma un sabroso rancho, y duerma un largo y tranquilo sueño, porque á decir verdad, estos pobres soldados lo necesitan, y bien merecido lo tienen.

